

AMARO.—¡Como lo oyes!

PEREGRINA.—(*Retrocediendo.*)—¡Amaro!

AMARO.—¡Y ahora mismo ha de ser!...

(*Con alma, pero sin gritar.*)

PEREGRINA.—¡No!

AMARO.—¡Sí!

PEREGRINA.—¡No!

AMARO.—(*Trincándola.*)—¡Sí!

PEREGRINA.—¡Amaro, suelta, Amaro!

AMARO.—¡No!

PEREGRINA.—¡Suelta, ladrón!

AMARO.—¡No!

ESCENA XII

DICHOS: ROMUALDITO y después ABAD, por la izquierda.

DON ROMUALDO.—(*Cogiendo al Amaro.*)—
¿Qué es esto?

AMARO.—(*Rechazándole con una mano, mientras con la otra sigue sujetando a Peregrina.*)—¡Lo que sea!

DON ROMUALDO.—¡Comprende que no es moral, ni decente, ni!...

AMARO.—(*Rabioso.*)—¿Me deja usted, sí o no?

ABAD.—(*Cogiendo a Amaro por el cuello y por un hombro.*)—Que también estoy yo aquí.

AMARO.—(*Queriendo soltarse.*)—Déjeme usted...

ABAD.—(*Sacudiéndole.*)—En cuanto alces la voz te doy una patada que...

DON ROMUALDO.—(*Cogiendo al Abad.*)—¡Por Dios y por la Virgen, señor Abad, no se arrebate usted!...

ABAD.—(*Echando unos pasos al Amaro.*)—No me incomodo, pero sin incomodarme le doy lo ofrecido. ¡Ya sabes que te la doy!

AMARO.—(*Fosco, pero humilde.*)—Sí, señor...

DON ROMUALDO.—Nosotros no debemos intervenir más que con súplicas...

ABAD.—Quite usted de ahí, cura, que usted no entiende de esto.

DON ROMUALDO.—Y poner la otra mejilla...

ABAD.—¡Cá!

DON ROMUALDO.—Así no le querrán a usted sus feligreses...

ABAD.—¿Que no? Ven acá, tú, Amaro. Acércate. ¡Ven acá, porra!

DON ROMUALDO.—¡Señor Abad!...

ABAD.—Es lo único que ha entendido. Durante la enfermedad de tu madre, ¿quién mandó las gallinas para el puchero?

AMARO.—Usted...

ABAD.—¿Quién te enseñó a leer y a contar?

AMARO.—Usted...

ABAD.—La tarde que faltaste a la procesión por irte a jugar a las chapas con otros zanganotes, ¿quién te dió un pescozón?

AMARO.—Usted...

ABAD.—¿Y tú me quieres o no me quieres?..

AMARO.—Sí, señor Abad, que le quiero... y a la Peregrina también.

ABAD.—Son cosas distintas. A las siete estarás en la Rectoral.

AMARO.—Estaré, sí, señor...

ABAD.—Y no te olvides de que conmigo tendrás siempre lo que más necesites: gallinas, consejos o pescozones.

AMARO.—Muchas gracias.

ABAD.—¡Y largo!

(Mutis Amaro por la derecha.)

DON ROMUALDO.—¿Te hizo daño?

PEREGRINA.—¡Qué iba a hacer! Y si tardan ustedes en acudir le arreo yo a él.

DON ROMUALDO.—¿Serías capaz?...

PEREGRINA.—¡Vaya!

ABAD.—A tus quehaceres.

PEREGRINA.—¡No tengo la culpa!

ABAD.—Sí, la tienes.

PEREGRINA.—No sé en dónde.

ABAD.—De arriba abajo. A tus quehaceres.

PEREGRINA.—Pero conmigo no se enfade...

(Marchando.)

ABAD.—En estos negocios no riño nunca con hombres ni con mujeres.

PEREGRINA.—¿Pues con quién?

ABAD.—Con la Naturaleza, que es la gran culpable.

PEREGRINA.—Usted sabrá por qué lo dice...

(Mutis por la izquierda.)

ESCENA XIII

ROMUALDITO y ABAD

ABAD.—No había cuidado. Cuando ellas no quieren...

DON ROMUALDO.—¡Es que no debían querer nunca!

ABAD.—¿Nunca?... A usted habrían de darle una parroquia en el Cielo, que es en donde sabría gobernala, pero en la Tierra se quedaba usted sin rebaño en un par de meses.

DON ROMUALDO.—Respeto esa opinión, por ser de usted, pero dicho sea sin ánimo de censura, el procedimiento suyo no está muy ajustado a los cánones.

ABAD.—¿Cómo qué no?

DON ROMUALDO.—No, señor. *Suprema lex...*

ABAD.—(Cogiéndole bruscamente de un brazo.—) ¡En castellano, cura, en castellano!

DON ROMUALDO.—(Espantado y luego afligido.)—¡En castellano no lo sé decir con tanta claridad!...

ABAD.—¡Acabáramos, hombre! Siga por donde quiera.

DON ROMUALDO.—Decía que los sagrados textos predicán la mansedumbre.

ABAD.—Unos, y otros muchos el castigo implacable.

DON ROMUALDO.—Fijese en este: *«Maledicen illi et tu benedices»*. (Maldecirán ellos y tú bendecirás).

ABAD.—¿Y este? *«Qui timent Dóminus, speraverunt in Dómino»*. (Los que temen a Dios, esperan en Dios).

DON ROMUALDO.—*«Suavis Dominus universis»*... (Suave es el Señor con todos).

ABAD.—¿Y este? *«Beneplacitum est super tinentes eums»*. (Se complace—suple Dios—en los que le temen). (Todas las citas son de los Psalmos).

DON ROMUALDO.—(Cogiéndole del brazo.)—*Dominus dixit...*

ABAD.—(Soltándose y cogiéndole él.)—*Dixit, dixit...*

DON ROMUALDO.—*Qui suavis...*

ABAD.—¡*Qui timent, cura, qui timent!!*

(Mutis por la izquierda los dos curas, aporreándose con latines; Romualdito apacible, y el Abad iracundo.)

ESCENA XIV

FUNGUEIRO, por la derecha; entró un momento antes de salir los curas, y sin que ellos le vean, los mira atónitos. ROSENDO, por la derecha.

FUNGUEIRO.—*Vobiscum...*

ROSENDO.—¿Eh?...

FUNGUEIRO.—Que van peleándose en *Dóminus Vobiscum*, y no pude sacar nada en limpio. Yo creía que el señor Abad no era muy sabiendo en latines, pero al oír que lo habla...

ROSENDO.—Al hablarlo es cuando se le nota más que no lo sabe...

FUNGUEIRO.—¡Ah!...

ROSENDO.—(*Con nobleza, pero triste.*)—Seguiremos en latín, Fungueiro...

FUNGUEIRO.—¿El qué?

ROSENDO.—Jacobo vuelve a marcharse.

FUNGUEIRO.—¿Qué dice?

ROSENDO.—Todo lo iba mirando con odio, como si cada planta fuese una traición, y al llegar a los Molinos, en donde yo esperaba que los edificios nuevos y las máquinas poderosas le causaran una alegría enorme...

FUNGUEIRO.—¡¡Como que aquello es magnífico!!

ROSENDO.—Iba yo acechando el instante de gozo y de satisfacción que en él se produciría... ¡y al encontrarme otra vez con la mueca desdenosa, con que aquello, que nos parece grandioso, es pequeño!... ¡y lo desprecia! fué tan brusca la ira mía, que hubo un momento en que tuve la absurda tentación de que a él y a mí nos trituraran las piedras del molino.

FUNGUEIRO.—Pero ¿qué piensa ese muchacho?

ROSENDO.—Piensa que aquí no hacía falta, que hizo mal venir y que debe marcharse. ¡Y tiene razón! Falta material para segar un prado o cobrar un foro, no hacía ninguna. La vida de todos no va a detenerse por la ausencia de uno. Lo que no hace un hombre lo hace otro hombre, y en paz. Y esto, unido al desencanto de que sus ojos de hombre no vean lo que miraron sus ojos de niño, lo lleva a marchar.

FUNGUEIRO.—Pero en Jacobiño hay además una razón de afecto.

ROSENDO.—Esa la sabe usted; él, no.

FUNGUEIRO.—Usted no le dejará irse...

ROSENDO.—¿Yo?... Las puertas, las ventanas, hasta los muros tiraría al suelo, para que tuviera franco el camino, que siempre es pequeña una casa para guardar a un ingrato.

(*Marcha.*)

FUNGUEIRO.—¡Don Rosendo!

ROSENDO.—(*Sin detenerse.*)—¡Las puertas, las ventanas, los muros, y si es preciso la casa también.

(*Mutis por la izquierda.*)

FUNGUEIRO.—Y pensar que a estas fechas, si Generosa no se me escapa, estaría yo casado, y con hijos, que empezarian a darme disgustos, además de los que me diera la madre... ¡Bendita sea la hora en que se escapa la mujer que uno quiere!...

(*Marcha hacia el foro.*)

ESCENA XV

FUNGUEIRO; JACOBO, por la derechá

FUNGUEIRO.—Hombre, Jacobo, no me parece bien.

JACOBO.—(*Secamente.*)—Es posible; pero yo no le he preguntado a usted qué le parece nada.

FUNGUEIRO.—(*Desconcertado.*)—Comprendido... Buenas tardes.

(*Mutis por la derecha.*)

ESCENA XVI

JACOBO; PASTORIZA, por la derecha con un gran brazado de flores, y flores también en la cabeza y en el pecho.

PASTORIZA.—¿Está la Peregrina?...

JACOBO.—¡Peregrina!

PASTORIZA.—¡Ay, don Jacobo! ¿qué fué de usted tantos días?...

JACOBO.—Estuve malucho.

PASTORIZA.—Abríguese, que los relentes le son muy fatales. Me dijeron que la Peregrina anda a vueltas por el destino, y como ella lo merece, que tiene nombre de errante y dice palabras de Dolorosa, vengo yo para anunciárselo.

JACOBO.—¿Usted?...

PASTORIZA.—¿Usted?... ¿Me trata de usted?... ¿No me conoce, don Jacobiño?... Soy la Pastoriza, la de Cotón, la hija del Pataco. ¿No se le recuerda ahora?

JACOBO.—(*Sin recordar.*)—Sí, sí...

PASTORIZA.—Pues soy esa, que enviudé del Antonio de Vilaboa.

JACOBO.—¿Y tú remedias los males?...

PASTORIZA.—¡Si pudiera, pronto los remediaba todos! ¿Qué tienes, descolorido? ¿Mal de cuerpo? ¡Pues toma puñados de salud! ¿Qué tienes, pobre?... ¿Pobrezas?... ¡Toma puñados de dinero!... ¿Qué te falta, espiga de los campos?... ¿Calor? Pues toma puñados de sol. Y así a todos y para siempre, salud, dinero, sol... y a puñados, a puñados, a puñados.

JACOBO.—Bien sería; pero no es...

PASTORIZA.—Si yo fuera mujer de un rey, levantaba las contribuciones para todo el pueblo; si fuera Papa, bendecía a todo el mundo, y a todas las ánimas benditas les perdonaba dos siglos de purgatorio; y si fuera aún más, le daba un empujón al infierno, y se concluían todos los condenados.

JACOBO.—Lástima que no seas...

PASTORIZA.—(*Serenándose.*)—¿Quiere una flor?

(*Ofreciéndole del manojito que ella traía y dejó un momento sobre la mesa.*)

Del campo las traigo; pero todo lo que no sea

agua o cielo o montaña, campo es, y las ciudades lo fueron y volverán a serlo cuando el Antecristo arrase las tierras para el fin del mundo. ¿Quiere una florina...

JACOBO.—Sí, mujer.

PASTORIZA.—Por los campos las encontré. Verdad que en ellos todo se encuentra. Desde el aire para respirar y los frutos y raíces para alimentarse, hasta el sitio para descansar. Por avaricioso que sea, ¿a quién no le bastará, en vida y sin ella, un campo labrado, un campo florido y un pedazo después de camposanto?...

JACOBO.—Cierto.

PASTORIZA.—Coja la que más envidie.

JACOBO.—¿Y a dónde llevas tantas?...

PASTORIZA.—Son para el adorno de la casa. Ahora la engalano mucho porque en el tiempo sonó la hora, y un día de estos la Pastoriza del cielo, que es su Virgen, y esta Pastoriza de la tierra, que es su madre, verán llegar al hijo.

JACOBO.—Bien venido.

PASTORIZA.—¡Y tanto que lo ha de ser! El no sospecha la felicidad que le tengo guardada!

JACOBO.—(*Desdeñoso.*)—¿La casa a que vuelve?

PASTORIZA.—No.

(Yendo a sentarse en el crucero.)

JACOBO.—¿Alguna herencia cobrada?

PASTORIZA.—Y no.

JACOBO.—¿Alguna buena moza?

PASTORIZA.—Moza fuí yo también, y de mi lado marcharon, como si ellos fueran golondrinas y yo el invierno.

JACOBO.—No es la casa, ni el dinero, ni el amor...

PASTORIZA.—Es todo eso y más.

JACOBO.—¿Pero qué?

PASTORIZA.—¿No se lo dije?... La felicidad. No se ría. Tan fijo como que es usted don Jacobo de la Tarroeira y yo Pastoriza, y Dios es bueno, y el mundo es malo, y todos somos malos nada más que por vivir todos en el mundo.

JACOBO.—Pues alabémoste, Pastora...

PASTORIZA.—A mi no, señor, que no lo valgo; pero a quien dispone que yo sea lo que soy y usted lo que es, alábelo de firme, que nadie perdió nada por una humildad, y muchos se perdieron por una soberbia.

JACOBO.—Puede ser, sí...

ESCENA XVII

DICHOS: PEREGRINA, por la izquierda

PEREGRINA.—¿Qué quieren?

PASTORIZA.—A ti te buscaba, santa.

PEREGRINA.—No me llames así, que no lo soy.

PASTORIZA.—¿No eres buena?

PEREGRINA.—Eso sí, un poco...

PASTORIZA.—¿Y qué va de buena a santa? ¡Nada! Peregrina, ven que te diga el destino. Esta noche fué y lo supe como visión.

PEREGRINA.—¿Qué supiste de mí, Pastora?

PASTORIZA.—Aún no era el amanecer, porque los gallos todavía no cantaran, y entraba por el ventano un rayo de luna que no era más que un hilito de luz; pero como toda luz, serenaba el ánimo de los que velamos de noche.

PEREGRINA.—¿Y qué has visto?

PASTORIZA.—Primero vi un campo, por donde tú pasabas. Lo que ya anduvieras tenía hierba y ramas floridas; lo que te faltaba por andar eran pedregales; pero a medida de tu

paso, como si en tus pies llevaras semillas, rebrotaba todo... Y yo me dije: sembradora de bienes es la Peregrina. Dios fecundará la tierra que ella pise.

PEREGRINA.—(*Acariciándola.*)—¡Mucha boba soñaste, Pastoriciña!

PASTORIZA.—Después vi un hombre que iba huyendo por el Desierto, sin que nadie lo persiguiera, y al fin, rendido de fatiga y abrasado del sol, cayó en la arena. De pronto te acercaste tú...

PEREGRINA.—¿Y yo de dónde salía?...

PASTORIZA.—¡No sé!... Puede que vinieras en el mismo sol... ¡No lo sé! Pero te acercaste, y nada más que con la sombra de tu cuerpo se le pasó la fatiga y el mortal sudor... Luego echásteis a caminar juntos, pero no cara al Desierto, sino hacia la aldea. Y yo dije: Peregrina tiene misión de consolar espíritus...

PEREGRINA.—(*Riendo.*)—¡Lo de santa va a ser poco, tú!...

PASTORIZA.—No creas, ya es bastante...

JACOBO.—Y el hombre, ¿quién era?

PASTORIZA.—No lo conocí, don Jacobo... Y por último, vi una casa muy grande, muy grande, tan grande, que yo me dije: ¡estos son

los Pazos! Y se iba cayendo piedra por piedra...

PEREGRINA.—¡Ay, Jesús!

PASTORIZA.—Venían hombres con palas y azadones y picos, y no podían sujetar aquella ruina. De pronto viniste tú y con una mano sola amparaste la casa.

PEREGRINA.—Mucha fuerza tuve...

PASTORIZA.—Te ayudaban los ángeles. Eso no lo vi, pero lo pensé yo, ¿sabes? Y además, pensé: Peregrina tiene destino de salvadora...

PEREGRINA.—Cantando con los ángeles, ¡claro!

PASTORIZA.—Los Pazos no se hundirán mientras ella viva. Y vengo a decírtelo para que te alegres del bien que te aguarda.

PEREGRINA.—Dios te lo pague, mujer...

JACOBO.—No es extraño que lo sepa; también sabe cómo vamos a ser felices todos en este mundo.

PASTORIZA.—¡Y es verdad que lo sé!

JACOBO.—Pues te creo y no seré yo quien desaproveche la ocasión de llegar tan pronto a la felicidad. ¿Tú lo sabes? Dinos, ¿cómo?

PASTORIZA.—En eso me va a perdonar que no le cumpla el deseo. Primero, se lo debo de-

cir al mi hijo; después que él lo sepa, con mucho gusto; pero antes no. Disimule, si es falta...

JACOBO.—Aguardaremos.

PASTORIZA.—Poco ha de ser. Viene en el *Oropesa*.

JACOBO.—El *Oropesa* hace ya una semana que tocó en la Coruña.

PASTORIZA.—(*Levantándose rápida; con angustia.*)—¿Cómo dice, señor?

PEREGRINA.—¡Don Jacobo se engaña! El *Oropesa* hasta fin de mes...

PASTORIZA.—¿Cómo dice?

PEREGRINA.—¡Que es burla, Pastoriza, que es burla!

PASTORIZA.—¿Burla?

PEREGRINA.—(*Riendo.*)—¿No ves cómo yo me río?...

PASTORIZA.—¿Ries de corazón, santa?

PEREGRINA.—¡Sí, Pastora, sí! ¿No me ves?

PASTORIZA.—Malas burlas trae; que nuestro Señor no se las cobre, don Jacobo ¿Y cuándo llega, sabes?

PEREGRINA.—De fijo, a fin de mes. El mismo consignatario lo ha dicho.

PASTORIZA.—¿A fin de mes?... ¿Dos días entonces?

PEREGRINA.—Eso es.

PASTORIZA.—(*Sonriendo.*)—¿Tan pronto?... Sembradora de bienes, ya decía yo que tú me darías algún bien en pago de la visión... Voy a arreglar la casa para recibirle; voy, que aún falta mucho para que la encuentre a su gusto. ¡Perdonen que les dejel... Ya volveré con mi Gaspariño a dar las gracias... ¡Adiós, adiós!...

(*Mutis, ligera por la derecha.*)

ESCENA XXIII

PEREGRINA y JACOBO

PEREGRINA.—¿Qué hiciste, Jacobo?

JACOBO.—Una sola torpeza. La de volver a donde no conozco a nadie y en donde soy un extraño. Pero hoy se termina: mañana marchó.

PEREGRINA.—¿Mañana?...

JACOBO.—Vine con el afán de amarlo todo, y todo, con su mudanza, reniega de mí.

PEREGRINA.—¡Marcha!... Pero tú ganarías más, en vez de ir volandero y buscador de lo

que no hay, amarrándote a un lugar fijo para cumplir tu destino de hombre de bien.

JACOBO.—El mío no debe estar aquí... porque yo he venido con amor a la Tierra... ¡y la Tierra no me responde!

PEREGRINA.—¿No te responde?... ¡Claro que no! La Tierra es mujer honesta y no dice al hombre que lo quiere mientras puede temer que venga de burlador. ¡Quiérela tú primero! ¡Convéncela tú primero! ¡Agrádate en lo que ella tiene y ama lo que ella es!... y, entonces, sin que la oigan tus oídos, ya oirás en tu corazón la voz de la Tierra que responde!...

JACOBO.—Aquí me faltó un cariño para hacérmelo comprender.

PEREGRINA.—Lo que te faltó es verlos.

JACOBO.—¿Quién me quiere?

PEREGRINA.—¡Tu padre!... que mejora y enriquece tu herencia. Y alguien más que te querrá también.

JACOBO.—¿Me quieres tú?

PEREGRINA.—Marcha, marcha y que se cumpla tu suerte.

JACOBO.—¿Y si fuera la mía el querer a una flor de los Pazos?

PEREGRINA.—Si lo fuera, aunque te vayas mi-

les de leguas, el amor tendrás... y tendrás las ansias del lejano.

JACOBO.—Por verte un día más, he retrasado ya muchos días el marcharme. Dí que me quieres...

PEREGRINA.—¡Dilo tú primero!

JACOBO.—Como se lo diré a los árboles y a las nieblas, se lo digo a la mujer: te quiero, Tierra, y tu voz aguardo. ¡Te quiero, Peregrina, y aguardo una palabra tuya!

PEREGRINA.—Ya lo sabía... y cuando todos porfiaban que no vendrías, yo te esperaba segura y a nadie pude querer de amor, porque vivía fiada a tu promesa.

JACOBO.—¿Fiañas de aquellos amores de chicos?

PEREGRINA.—De bien poco he quedado sujeta, ¿verdad?... Pero en eso está el poder del destino, y lo que es en unos hebra de seda, que un soplo los desliga, en otros es hierro y es argolla, que los hace prisioneros.

JACOBO.—¡Di que te encontré guapa!

PEREGRINA.—El destino pone siempre cuanto hace falta para cumplirse.

JACOBO.—¡Todo lo explicas a tu favor!

PEREGRINA.—Pues explícate así tú los árbo-

les recién plantados, la casa reformada, los molinos nuevos... y verás qué hermosos son para ti los Pazos de la Tarroeira.

JACOBO.—Tu voz me suena a la verdad... Te quiero, Peregrina. ¡Dímelo tú, dímelo!

PEREGRINA.—Pero antes, confiesa que tú quieres a los Pazos y que de ellos recibes el cariño que yo te doy... Que si me vieras en otro lado sin la divina protección de la tierra, quizás ni reposaras tus ojos en mí, Jacoboño...

JACOBO.—¡Pues lo diré también como en la visión de Pastoriza!... ¡¡Sembradora de bienes, que tu amor para mi fecunde mis Pazos!!...

ESCENA XIX

DICHOS; DON ROMUALDITO, por la izquierda

DON ROMUALDO.—Jacobó... don Jacobo de la Tarroeira... perdona mi intervención; Dios me inspira en este paso. Oyeme, como si la voz no fuera mía y fuera de quien es más que todos. A tu padre, al pobre don Endo, se le caen las lágrimas...

(Jacobó, a cada párrafo de Romualdito, mira a Peregrina, consultándola.)

PEREGRINA.—(A media voz, casi con mover los labios solamente.)—¡Te quiero!...

DON ROMUALDO.—No marches de aquí. Sé generoso, si algo has de perdonar, para que te perdonen a ti cuando llegue tu hora. No dejes la aflicción en tu casa, que la tuya es, por cambiada que te parezca, y no habrá otra que valga tanto para ti.

(Cogiéndole suplicante.)

¿Cedes, verdad?... ¿Me permites que sea yo quien anuncie la buena nueva?... ¿Si?... ¿Si?... ¡¡Si!! Mire, don Jacobo... Mira, Jacobito... la... el... no... *In domus tuam, cara es uxor, dulces liberi, jocundi amici...* (En tu casa es grata la esposa, dulces los hijos, gustosos los amigos.)

PEREGRINA.—¡Te quiero!...

JACOBO.—Tiene usted razón, don Romualdito.

JACOBO.—(Alborozado.)—¿Lo comprendes?... ¡Milagro es Jacobo!

(Llamando muy gozoso.)

¡Don Endo!... ¡Por tan mísero conducto quiere el cielo otorgar la ventura a mis señores!... ¡Don Endo! ¡¡Don Endo!!

ESCENA XX

DICHOS: Todos por la izquierda y la derecha

ROSENDO.—¿Qué pasa?

DON ROMUALDO.—La divina gracia se ha posado en nuestro don Jacobo. ¡No se marcha!

JACOBO.—¡No!

(*Jacobo y Rosendo se abrazan.*)

ABAD.—Esto lo encuentro bien ¡poríal!

DON ROMUALDO.—¡Lo convencí, señor Abad, y en latín!

ABAD.—¡Milagro, cura, milagro!

TONO.—(*Abrazando a las que encuentra más cerca.*)—¡Vivan los Pazos!

DON ROMUALDO.—Ya lo he dicho yo, sí señor. Con el amparo celestial, encontré las palabras que llegan al alma.

ABAD.—¿Cuáles son?

DON ROMUALDO.—*In domus tuam, cara est uxor...*

PEREGRINA.—Te quiero...

ABAD.—(*Abrazando a Romualdito y miran-*

do a Peregrina.)—Es verdad, esas han sido y esas serán por los siglos de los siglos.

(*Por el foro, de derecha a izquierda, se supone que pasan los pastores conduciendo el ganado; se oyen esquilas, campanas, voces...*)

ROSENDO.—Mira, Jacobo, mira y alégrate ya de nuevo y para siempre.

ABAD.—Mira bien, Jacoboño; mira con el alma más que con los ojos, porque esto que ves, con sol o con nubes, con penas o con alegrías, esto es la casa, esto es la tierra y esto es el amor con que ella te recibe.

PASTOR 1.º—¡¡Vota pra diante, Perla!!

PASTOR 2.º—¡¡Ou, Marelo, ou!!...

(*Siguen las voces.*)

TELÓN

ADVERTENCIA.—La explicación de los latines, puesta entre paréntesis, está para conocimiento de los señores artistas, y no se debe decir al público.